

cias de un palacio madrileño, la efigie de D. Diego del Corral y Arellano, del Consejo de Hacienda de Su Majestad.

El retrato, perteneciente a la casa ducal de Villahermosa, guardábase en ella con el respeto debido a su alta jerarquía, con la inteligencia y amor con que la duquesa conserva y estima lo que simboliza un pasado luminoso. En la previsión de que una día vicisitudes y cambios que no es fácil evitar arrastrasen la joya al tesoro nacional, en pintura todavía tan rico, la gran señora había consignado ya en sus disposiciones testamentarias que el cuadro lo heredase la nación, enriqueciendo el Museo del Prado.

No era pública la noticia de tan rica manda, porque la duquesa la dictó de un modo tan natural y sencillo como pintaba Velázquez. Ningún impulso hacia la notoriedad, ningún deseo de que resonase su ya ilustre nombre, la habían guiado; y como hija buena que deposita un broche de oro sobre el seno materno, sin atribuir al hecho más trascendencia de la que tienen los extremos del cariño, era como había decidido completar el Museo con uno de los mejores ejemplares de Velázquez que existen en el mundo.

La ocasión de que nos enterásemos fué la proposición hecha a la duquesa, desde el extranjero, de la suma muy apreciable de millón y medio de francos, ofrecidos a cambio del cuadro, adquirido para un Museo de nación rica y pudiente.

La respuesta fué gallarda, sencilla, sencilla también, como la pincelada de D. Diego de Silva, y poética, como todo lo que brota directamente del sentimiento de un alma elevada de suyo, y penetrada de los deberes que imponen el nacimiento y la dignidad. Fué un atrogante grito de desprecio al becerro de oro, de amor al arte y a la patria, a la cual, desde aquel momento, la duquesa regalaba, no sólo una maravilla artística, sino millón y medio de francos, por lo menos, pues debe suponerse que el primer ofrecimiento no hubiese sido el último, si la dueña del prodigio se resolviese a regatear. Cuadros como el retrato de D. Diego del Corral no se encuentran, y millones sí, a puntapiés, en comarcas donde todavía el arte no ha impreso su sello radioso, donde hay dinero y no hay recuerdos, donde hay polimillonarios y no hay duquesas de Villahermosa.

Se habló algo del asunto; se reprodujo la carta en los periódicos; el ruido fué, sin embargo, bastante menor que si se hubiese tratado de algún combalache político con vistas a una cartera, o de algún escándalo o crimen más o menos misterioso y sensacional. Uno de los peores síntomas de nuestro estado es que lo bueno, lo bello, lo noble, tiene escasa resonancia; no suscita comentarios. Y para que no parezca esto pesimismo vacío, diré que, hasta la presente, no ha llegado a mi noticia que el Gobierno diese las gracias en debida forma a la generosa ricahembra. Es fútil decir que eso se hará el día en que el cuadro pase a ocupar su puesto en el Museo, entre los demás Velázquez. Aplazar, como tantas veces se hace aquí, los honores merecidos para cuando ya no puede aceptarlos quien los mereció, es género de ingratitud solapada. Si yo fuese ministro de Instrucción pública, presidente del Consejo, cuando ocurriese este rasgo, ¡con qué apresuramiento alegre hubiese corrido a besar unos pies finos, columna del santuario de un corazón verdaderamente magnánimo y español, y que acababan de pisotear, resueltos y gentiles, el oro de los ricachones de fuera!

Estamos deplorando, diariamente, que se dejen perder recuerdos y tradiciones; que las clases directivas, todavía poderosas, no cuidan de sus prestigios ni se preocupan de conservar lo que los siglos legaron a sus linajes. A menudo nos enteramos de que el histórico castillo de H... ó de N... ha sido maltratado por sumas que no equivalen al valor de algunos de sus sillares ó de las trabes de sus techos; a cada paso nos brindan, en las casas de los anticuarios, en las ventas públicas, retratos de familia, prendas que declaran su procedencia a voces, hasta indiscretamente, contando historias mejores para calladas. Pergaminos y ejecutorias son fáciles de adquirir por sumas modestas, aunque adorne sus vitelas la multicolor miniatura, y propalan el indiferentismo con que se mira el pasado, el suicida estúpido de los que ni a sí mismos se conocen. Los escudos de armas sirven de umbral de muladares; las joyas de familia se malbaratan para adquirir dijes de moda, ó pagar los trapos del modisto. Y en medio del universal desbarajuste, conforta y alegra que alguien vele a las muertas glorias, que se las tenga en urna, con paños de terciopelo y relieves de plata; que el joven duque de Alba consagre cien mil pesetas a reconocer la deuda de una dedicación de Cervantes, y que la duquesa de Villahermosa desdeñe, con el airoso y elegante desdén de los bien nacidos, los millones que vale—ya

lo creo que los vale—la efigie del severísimo Consejero, tan viva como pudo estarlo nunca el original.

¡Vida extraña! Al acercarnos al prolongado lienzo, perfectamente colocado a toda luz en el salón del palacio, nos confesábamos unos a otros un sentimiento difícil de explicar para quien no aguante y refine las impresiones de arte: *el miedo*. ¿Miedo? ¿A qué? Miedo a la sobrehumana verdad de tal pintura. Cuando el arte llega a este grado; cuando nos presenta una creación igual a la naturaleza misma; algo que a fuerza de sinceridad borra la idea de arte, de labor, de estudio, de trabajo; algo que no parece *hecho*, sino *nacido*, sentimos el terror de las cimas; el soplo de lo divino nos estremece. Yo esto no lo he notado, en lecturas, sino en algunos pasajes de *La Ilíada*, en ciertas escenas de Shakespeare, en estrofas de *La Divina Comedia*, en poesías líricas como la oda de Safo. Y este Consejero pintado hace correr el mismo escalofrío por las venas.

Es, sin embargo, una figura que ni por sí misma, ni por sus accesorios, aspira a producir ni asombro ni encanto. Un hombre en la frontera de la vejez, no decrepito, sino todavía firme y duro, de pelo y barba grises, y cuya mano derecha descansa, abarcando folios de papel, sobre una mesa revestida de terciopelo granate con presillas y agremes de oro. La izquierda sostiene con menos vigor otro legajo, de los que tendría por misión examinar; un escarolado rodea los puños, una valona lisa su cuello, y estas notas y las de los papeles, con las de cabeza y manos, son las únicas claras que destacan de lo sombrío de fondo y ropaje. Sobre el pecho se entrevé el extremo rojo de una venera de orden militar.

En otros retratos de Velázquez hay menos severidad, más capricho y riqueza. Pero nunca este hombre, que tan extraordinarias cosas ha realizado con un poco de blanco, de negro y de tierra, ha encontrado en su paleta mayores recursos para causar esa pavorosa sensación de realidad absoluta, y para expresar, en una cabeza, el alma de una raza y la filosofía de la historia. El Consejero, de su rudo semblante, de sus ojos imperiosos y fijos, emite una energía de carácter y una violencia de voluntad que subyugan. Me acuerdo de los retratos carnudos, bonachones, de Rubens, de los linfáticos modelos de los retratistas holandeses; miro otra vez al seco, al ascético funcionario (que defendió tan resueltamente a D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias), y me parece un hombre de bronce, mezcla de inquisidor, soldado y juez, y se me figura que de sus labios va a caer, tranquila y tremenda, una sentencia de tortura ó de muerte...

El asombroso lienzo se traga todo lo que le rodea, las preciosidades de la casa ducal, trípticos, cobres, Vírgenes de Antolinez, retratos de Mengs, filas de insignes antepasados, Urreas, Azlores, Pignatellis, vestidos con sus mejores galas, cubiertos de pasamanos de oro y de joyas fastuosas; se traga los bustos de alabastro, las porcelanas, los muebles que pertenecieron a reinas, y que mezclan la talla dorada al veneciano cristal, las sillerías de Beauvais, las porcelanas de Sevres, los tapices, los jarrones, los candelabros. Se los traga; no es posible que esta aristocrática riqueza luche con esa simplicidad incomparable, con esa amplitud de la pincelada, que vista de cerca parece, a fuerza de grandiosidad, como que no existe, y que ha substituido al color el realce de las superficies del cuerpo y lo blando de las telas y vestiduras.

Si cada magnate, al menos de los que no han tenido sucesión directa, legase a los Museos nacionales algún objeto de arte, rebosarían en ellos los tesoros, porque España ha sido inagotable venero, mina in exhausta.

Por desgracia, son excepcionales las damas que, sin más estímulo que su alto sentir, se acuerdan de la patria.

La duquesa de Villahermosa no es de las que se quedan a medio camino. Dígalos su espléndida restauración del castillo de Javier, en Navarra; díganlo ahora mismo las fiestas con que va a solemnizar el Centenario del *Quijote* en su castillo de Pedrola, donde se supone que situó Cervantes lo narrado en los capítulos del XXX al LVII, desde el encuentro con la bella cazadora, que era una duquesa de Villahermosa, con los episodios de la dueña Dolorida, encanto de Altisidora, la Trifaldi, el envío de Sancho a la Baratara, el espanto cenceril y gatuno, y demás «zarandajas». Seguramente estas fiestas cerca de Zaragoza serán tan señoriales y bien organizadas, como amenazan las de Madrid ser insípidas y hasta sin relación con lo que pretenden conmemorar. Si yo fuese extranjero curioso y cervantista, huiría del Centenario en Madrid y buscaría a Cervantes en el castillo de los duques.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mientras discurren por las sucias calles los triviales mascarones, y un Carnaval aterido de frío, encapotado de cielo, engurrinado porque los tiempos no están para bromas, se esparce más allá del centro de Madrid, yo me complazco en encerrarme y evocar aspectos enteramente distintos, antitéticos, contemplaciones recientes de cosas pasadas, que, en este momento, representa mi visita a un antiguo, señorial palacio, con objeto de conocer personalmente a un caballero del siglo XVII, ascendiente de la familia..., pintado por Velázquez.

Así como actualmente se repite que la dedicación de una parte del *Quijote* ha dado la inmortalidad a un duque de Béjar y a un conde de Lemos, bien puede decirse que los pinceles del autor de las *Meninas* dan vida eterna a este Consejero grave, rígido, embutido (no sería exacto decir envuelto) en su hopalanda de negra seda labrada, que descende hasta los pies. De otros muchos sujetos de respeto y fuste, varones sesudos, hidalgos de vieja cepa, caracteres firmes y recios, de pedernal—como parece ser este buen castellano del siglo de oro,—sólo quedarán, iba a decir las cenizas, pero acaso ni aun de ellas pudiesen dar cuenta los profanados sepulcros. El que miro se halla embalsamado y ungido para la eternidad por aquella mano que supo coger cautiva a la verdad y convertirla en su esclava; por aquel retratista de cámara que la posteridad saluda como retratista del hombre.

Y cuenta que el retrato del Consejero es un supremo alarde de sencillez. Hoy que se acude tanto a los accesorios y a los efectos, la observación de este lienzo nos demuestra la superioridad de los procedimientos espléndidamente sencillos de los grandes maestros del arte, en cualquier tiempo y lugar. Tal sencillez es la misma de las mejores páginas de Cervantes—no son iguales todas;—tal sencillez es la de Homero, la de la Biblia, la de las capitales manifestaciones del arte entero, sin desviación, que llega, directamente, a la entraña de la vida.

Pero, antes de insistir en la descripción, es preciso que cuente por qué estoy admirando, en las estan-